



EL NIÑO JESÚS DE PRAGA Y SU DONANTE POLIXENA DE LOBKOWITZ (*)

ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

«Estamos aquí para eternizarnos.»
JOHAN WOLFGANG GOETHE

EL MARCO HISTÓRICO: PRAGA Y EL IMPERIO

Praga contaba en la baja Edad Media con innumerables monumentos que daban testimonio de su glorioso pasado, si bien la mejor época de la ciudad acontecería cuando Carlos IV de Luxemburgo (1316-1378), rey de Bohemia y emperador de Alemania, traslada a ella su capital, funda su universidad e inicia la unión de la «ciudad vieja» (*Staré Město*) y la «ciudad

(*) Dedicado a la imperecedera memoria de Doña María Cristina de Austria, *Archiduquesa de Austria, Princesa Real de Hungría y de Bohemia, Abadesa de las Damas Nobles Canonas de Praga, esposa del Rey Alfonso XII y Reina regente de España de 1885 a 1902*. Nació en Židlochovice, Moravia en 1858. Murió en Madrid, en 1929, rodeada del general respeto del pueblo español, a los setenta y un años de edad.

Nota: Se han respetado los nombres de pila vernáculos de los personajes históricos; para los que se pudo encontrar el equivalente español, están españolizados, precediendo el nombre original la primera vez que es citado, seguido, entre corchetes, del nombre castellano. De la misma forma se han respetado los topónimos, advirtiéndose también sus cambios, consecuencia de la evolución política.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

nueva» (*Nové Město*). Con esta mudanza la urbe se convierte en la más poblada del continente y en el eje de la cultura centroeuropea. Se construyen magníficos edificios, tanto civiles como religiosos, y se rehace la ciudadela del *Hradčany*, cuyo nombre significa «área de castillos», por lo que alcanzará singular renombre y se la conocerá como la «ciudad de oro». En ese tiempo reside en ella Petrarca, invitado por el propio monarca, y a raíz de su presencia da comienzo el humanismo literario en los círculos palaciegos praguenses. Bohemia se incorporará definitivamente al Renacimiento en la segunda mitad del siglo xv, cuando Eneas Silvio Piccolomini, futuro Pío II, logra introducir plenamente esa corriente cultural que marcará una gran brecha en la historia de Occidente.

A fines del siglo xiv, el descontento del pueblo y de la parte más avanzada de la aristocracia exigía cambios profundos en la sociedad. El problema lo supo captar el reformador Juan Hus (Husinec, Bohemia, 1369-Constanza, 1415), sacerdote, decano de Teología y rector de la Universidad de Praga en 1400; a la labor de Hus y a la de sus seguidores debe la lengua checa su mayor difusión y calidades literarias. Sus doctrinas, derivadas de la libre interpretación del Evangelio, contaron con el apoyo popular y gracias a la libertad que le concedió Wenceslao IV, rey de Bohemia y emperador de Alemania, se le valoró, a la vez, a Hus como patriota y mártir. Las ansias sociales que proyectaba, en abierta oposición a la Iglesia de Roma y a la autoridad imperial, fueron recogidas a partir de 1453 por el movimiento denominado «Unión de los Hermanos Bohemios» y aparecen descritas en la obra de Petr [Pedro] Chelčický.

En 1458, durante la minoría de Ladislao IV el póstumo, los próceres bohemios reconocieron como administrador general del reino a Jorge de Poděbrady (Poděbrady, 1420-Praga, 1471) —a quien Lope de Vega en uno de sus dramas llama Jorge Pogebrazio—, representante de la tendencia husita moderada, luego elevado al trono. En 1471, la Dieta designó soberano al rey de Polonia Wladislao II Jagellón (1471-1516), que también lo fue de Hungría; con él se debilitó el poder real, mientras au-



mentó el de las grandes familias. Durante el reinado de su sucesor, Ludvík [Luis] II Jagellón (1516-1526), la predicación del protestantismo procedente de Alemania se extendió con sorprendente rapidez tanto en Bohemia como en Moravia y, al tiempo, resurgió el pensamiento husita. No obstante, el mayor peligro para el país lo constituía la amenaza turca; combatiéndola precisamente, en la batalla de Mohács, sucumbió el propio monarca. En aquella aciaga situación la Dieta eligió rey a Fernando de Austria, esposo de Ana Jagellón, hermana de Luis II y hermano de María de Austria (1505-1558), viuda del monarca húngaro. La política del emperador Fernando I de Austria (1503-1564), en Bohemia y Hungría, se orientó a limitar la autonomía de la nobleza y de las ciudades libres, y a defender a la Iglesia contra la herejía. Insistió, al igual que sus sucesores, en vincular a la Casa de Austria la corona de Bohemia, que había conservado vigentes los rasgos de su independencia y oposición al elemento «germánico».

Predominaban los luteranos, utraquistas, hermanos moravos, calvinistas y otros credos, a los que Rodolfo II (1552-1612) otorgó la Carta de Majestad (9 de julio de 1609), por la que aseguraba la libertad religiosa. Pero su sucesor, el emperador Matías (1557-1619), vulneró esos privilegios, decretando el 4 de noviembre de 1618 una serie de medidas que limitaban la autonomía, además de prohibir la edificación de templos protestantes en determinados territorios de realengo. Esas medidas se justificaban por la necesidad de organizar y someter aquel conglomerado de razas, religiones e idiomas, como base de la autoridad imperial.

El 9 de junio de 1617 la Dieta —Cámara Baja del Parlamento— designó heredero de Bohemia a Fernando de Austria-Estiria. En ese hecho histórico intervino España de un modo directo, a través de su embajador el conde de Oñate (1),

(1) Iñigo Vélez de Guevara y Tassis, conde de Oñate, hijo de Pedro Vélez de Guevara, señor de Salinillas, y de María de Tassis. Casó con Catalina Vélez de Guevara, condesa de Oñate. Tras la muerte, en 1622, de su primo hermano Juan de Tassis, conde de Villamediana y correo Mayor de España, sucedió en esas dignidades nobiliarias. Fue primer gentilhombre del rey Fe-



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

que entendía que más que de un conflicto religioso se trataba de un problema dinástico. Al nombramiento se opusieron formalmente dos nobles luteranos checo-alemanes: Linhart Collon de Fels [Leonardo Colonna de Felds] y el conde Jindich Matyá Thurn [Enrique Matías Thurn]. Con ello los partidarios de la monarquía católica y centralizada se anotaban un éxito. En la catedral de San Vito, Fernando II hizo su juramento como sucesor a la corona, el 29 de junio de 1617, en solemne ceremonia oficiada por el cardenal príncipe Franz [Francisco] de Dietrichstein, obispo de Olomouc —nacido en Madrid el 22 de julio de 1570 y fallecido el 19 de noviembre de 1636, hijo de Adam, señor de Dietrichstein-Nikolsburg, embajador en Madrid y mayordomo del mayor de Rodolfo II, y de Margarita Folch de Cardona y Requesens, hija de los duques de Cardona—; presentes en ella se encontraban también el archiduque Maximiliano, hermano de Fernando II, su primo Carlos de Sajonia y de Weimar, y el príncipe Carlos de Liechtenstein (1569-1627), duque de Troppau y caballero de Toisón de Oro.

Los protestantes no se dieron por vencidos; concedores del descontento —político, religioso y social— que atravesaba Bohemia, planearon la rebelión conocida como la segunda «desfenestración de Praga». El 23 de mayo de 1618, un centenar de hombres —nobles secundados por sus criados— subieron al *Hradčany* y penetraron en la Cancillería Real, ubicada en el ala sur del castillo. Allí se encontraban reunidos cuatro lugartenientes gobernadores imperiales y el secretario. Los sublevados los intimidaron a revelar secretos del Consejo y al negarse estos, arrojaron por una ventana a Vilém [Guillermo] Slavata de Chlum (2) (1572-1652), mariscal de la Corte y pre-

lipe III y luchó en la guerra de Flandes, donde fue hecho prisionero. Sirvió a su Soberano en numerosas y difíciles misiones diplomáticas, en Saboya, en Hungría y finalmente en la Corte imperial.

(2) Guillermo Slavata de Chlum (1572-1652), historiador y político checo, nació en Praga en 1572 y murió en Viena en 1652. Educado en la doctrina utraquista, en un viaje que hizo a Italia (1592) se convirtió al catolicismo. Luego visitó Inglaterra y España, y en 1600 el emperador Rodolfo le nombró



sidente del Tribunal de Bohemia, a Jaroslav Boita de Martinic (1582-1649), [en alemán Martinitz] llamado «Smelanski», consejero y mariscal de la corte (1609), y también al secretario del real consejo Felipe Fabricio. Cayeron desde muy alto sobre un montón de estiércol y ninguno murió. Desde lo alto les dispararon tiros de arcabuz, pero fueron socorridos por sus criados y pudieron salvarse. Con este deplorable acontecimiento dio principio la guerra de los Treinta Años.

EL PROBLEMA BOHEMIO

Muchos representantes de los diferentes pueblos pertenecientes a la Corona de Bohemia, parte integrante del Sacro Imperio Romano, acogieron el protestantismo como un medio para defender sus privilegios. A propósito de la dificultad entre designar lo bohemio y lo checo, dice Forbleský: «Lo bohemio es un concepto más amplio que incluye a los diferentes pueblos que habitaban los países de la Corona de San Wenceslao; lo checo tenía entonces un significado étnico. Así, el poeta y canciller de Fernando I (de Austria) Cristóbal de Castillejo habla sobre «los señores bohemios» que visitan Viena que podían hablar como lengua materna o el alemán o el checo, o ambas». Los Estados o, lo que era lo mismo, la nobleza de país, sublevados contra el emperador, anularon el sometimiento

mariscal de la corte y presidente del Tribunal de Bohemia. Presidente del Consejo Real de Bohemia, con su severidad y total adhesión a la causa imperial provocó el golpe de Estado de 23 de mayo de 1618, en que junto con Martinic y el secretario Fabricio fue arrojado, desde una ventana del salón de sesiones de la Dieta. Los tres «defenestrados» encontraron asilo y curaron sus heridas en casa de la princesa Polixena de Lobkowitz. Slavata de Chlum se refugió luego en Baviera. Después de la victoria de Montaña Blanca (1620), regresó a su patria e inmediatamente le fueron devueltos todos sus bienes y dignidades, concediéndosele los títulos de conde del Sacro Romano Imperio y de Koschunbeg. En 1628 fue nombrado gran canciller de Bohemia. Slavata dejó catorce tomos manuscritos de estudios históricos sobre Bohemia, de los que Jiřecek publicó (Praga, 1866-1877) los concernientes al periodo comprendido entre el reinado de Maximiliano II y la batalla de Montaña Blanca.



miento a Fernando, alegando que al no tener hijos el emperador Matías se podría proceder a la elección de otro miembro de la casa de Austria o, por qué no, a la libre elección de Soberano, así que ofrecieron el trono de Bohemia a Federico V del Palatinado (1596-1632), yerno de Jacobo I de Inglaterra, que fue a coronarse a Praga. Abierto el conflicto, se formaron dos alianzas: la Unión Evangélica, constituida por los príncipes protestantes alemanes y los húngaros, apoyados por Gabor Bethlen (1580-1629) —noble magiar calvinista, creado, con el apoyo de los turcos, soberano de Transilvania, Valaquia y Moldavia (1613), que ambicionaba obtener la independencia de Hungría—, contra la Liga Santa Católica, en la que se alineaban junto a Fernando II, quien fijó su esencial objetivo en la renovación espiritual de la Iglesia y la recuperación de los países y las almas que se habían separado de Roma; Maximiliano I (1573-1651), duque de Baviera y elector del Imperio, el Papa y los reyes de España y Polonia, y un príncipe elector protestante: Juan Jorge de Sajonia (1585-1656), que había intentado ser elegido ser rey de Bohemia. En líneas generales los disidentes alentaban la autonomía de la burguesía y la pequeña nobleza —similar a lo ocurrido en la sublevación de los Países Bajos— frente a la concepción autoritaria y católica del Imperio. Felipe IV de España envió un primer contingente de 8.000 hombres, que en Bohemia se unió con los imperiales; y luego, un segundo ejército compuesto de 30.000, al mando del marqués de Spínola, que desde Flandes atravesó el Rin para juntarse con las tropas del mariscal de Tilly.

En Montaña Blanca, colina cercana a Praga, el 8 de noviembre de 1620, el ejército de la Liga Evangélica, al mando del general calvinista príncipe Cristian I de Anhalt-Bernburg (1568-1630), se enfrentaron y fueron vencidos por los ejércitos conjuntados del Sacro Imperio Romano Germánico, al mando del general Carlos Borromeo de Longeval, conde de Buquoy (1571-1621), y de la Liga Santa, capitaneada por Juan T'Serclaes, conde de Tilly (1559-1632). En el combate se distinguió particularmente, por el bando Evangélico, el conde de Mansfeld, hijo natural del igual título que tanto figuró en Flandes, y



por el católico sobresalieron los coroneles Felipe de Arreyzaga, en las tropas del general Baltasar de Marradas, y Guillermo Verdugo, caballero de la Orden de Santiago (1611), al frente de un regimiento de walones; y, al parecer, un personaje excepcional: René Descartes. El príncipe derrotado huyó de Praga y se refugió en Silesia.

La victoria de Montaña Blanca representó, en Bohemia, la implantación de un poder a un tiempo centralista y modernizador, subordinado al emperador germánico. El príncipe Carlos de Liechtenstein fue el encargado de apresar y juzgar a los veintisiete principales disidentes, entre ellos el conde Enrique Matías de Thurn, alma de la insurrección, que el 21 de julio de 1621 fueron decapitados todos ellos en un cadalso erigido en la plaza de la ciudad antigua, frente a las casas consistoriales de Praga. Los rebeldes que conservaron la vida fueron forzados a exiliarse; gran parte de las propiedades rurales cambiaron de manos y pasaron a una nueva aristocracia formada especialmente por militares alemanes, italianos, españoles, de manifiesta fidelidad a la Casa de Austria. Fernando II prosiguió una política condensada en limitar la autonomía de los próceres y de las ciudades libres, y en defender a la Iglesia de Roma contra el protestantismo. Igualmente, en Hungría, Gabor Bethlen se vio forzado a reconocer la supremacía austriaca.

El fanatismo y el espíritu iconoclasta de los calvinistas, y también la represión imperial, llenarían de ruinas no sólo los reinos de Bohemia y Moravia sino Europa entera. Como suele suceder en la mayoría de los conflictos, ambas partes tenían algo de razón; no obstante, la violencia de las pasiones desatadas anulaba los argumentos más fundados. El desafío condujo irremisiblemente a la guerra, llamada de los Treinta Años, cuyo término tuvo lugar en 1648 con la paz de Westfalia, que puso fin a los antagonismos y fijó los límites religiosos. Desde entonces, en líneas generales, a una Europa católica, mayoritariamente latina, si se exceptúa el este y sur de Alemania, los países que formaron el núcleo del desaparecido imperio Austrohúngaro, con Polonia y Lituania, se contraponen otra Europa, protestante, germánica y nórdica.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

LA SUPREMACÍA DEL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

El «Humanismo patriótico» bohemio fue sustituido por la cultura cosmopolita de la Contrarreforma. Bohemia continuó como unidad administrativa, pero quedó asimilada íntegramente a los restantes estados patrimoniales de los Habsburgo. La Cancillería —órgano supremo del reino— fue trasladada a Viena en 1624. La Dieta reapareció, en 1627, merced a la «Ordenanza Revisada» y al edicto de «Renovación de la dirección Gubernamental», aunque su cometido casi se redujo a atender las peticiones económicas del gobierno. Asimismo se impuso el derecho romano y el germánico en sustitución del autóctono, y se relegó el uso de la lengua checa, adoptándose el alemán como idioma de la administración. Se restituyó el reconocimiento oficial al clero y la confesionalidad católica al Estado.

El traslado de la capitalidad a Viena ocasionó la emigración, entre 1627 y 1630, de más de dos mil familias burguesas, y la ciudad de Praga decayó por ese hecho a un rango provincial. Compartimos la opinión de J. Vicens Vives al enfocar las causas que motivaron la aparición del autoritarismo monárquico:

«La necesidad de un poder supremo y eficaz que garantizara el desarrollo de las nuevas formaciones nacionales había hecho imprescindible la sujeción de los diversos organismos privilegiados del Medioevo a la autoridad del monarca y la transferencia de sus diversas jurisdicciones a la corte real. En aquel momento, la monarquía había buscado una fórmula de equilibrio entre su poder y el de las viejas corporaciones políticas. Pero a compás del aumento de las exigencias económicas, sociales y culturales de los estados, se robusteció el concepto de autoridad de los reyes, los cuales buscaron que se acatara y reconociera su poder absoluto.»

La política de germanización culminó en los reinados de María Teresa (1740-1780) y de José II (1780-1790). En 1749, se eliminaron los últimos órganos de poder autónomo, dando



al imperio el sistema burocrático unificado. Los agentes de ese cuerpo centralizado, libres del control de la Dieta, supervisaban la administración local. Sus miembros y la mayoría de los jefes administrativos se consideraban alemanes. No obstante, estos burócratas no tenían un origen definido, ya que existían húngaros, checos, croatas, rumanos y de otras nacionalidades; ni siquiera procedían de una clase social determinada, pero recibían una educación alemana y utilizaban entre sí el alemán como idioma oficial. Los funcionarios apenas se solidarizaron ni con el patriotismo local ni con el privilegio aristocrático; su ideal era un gobierno uniforme, regido por principios ilustrados. En la generalidad de la Monarquía de los Habsburgo, no había obra literaria, filosófica, ni siquiera de agronomía, que no fuera escrita en alemán; no había eruditos salvo en la universidades alemanas, ni ninguna otra fuente de cultura en la que inspirarse salvo la proveniente de Alemania.

«El carácter alemán de las ciudades tenía poco o nada que ver con la raza. Algunos habitantes habían sido importados de Alemania por los Habsburgo; muchos eran emigrantes procedentes del campo. Alemán era el nombre de una clase. Esencialmente, significaba un comerciante —tendero, mercader, artesano o prestamista—. Este valor se extendió a cualquiera que ejerciera artes urbanas: escritores, maestros, oficinistas y abogados. El hijo emprendedor de un campesino, checo, rumano o servio, que llegaba a una ciudad, aprendía un arte alemán y hablaba en alemán a sus prójimos, los tenderos; sus hijos despreciaban el dialecto campesino de su padre, y sus nietos, habiendo conseguido sus trabajos sin dificultad, lo olvidaban todo y creían que nunca habían sido otra cosa que alemanes y habitantes de ciudad. De este modo, las ciudades fueron enseguida islas de cultura alemana y de lealtad imperial. Para estos comerciantes no habría tenido sentido preocuparse por las libertades provinciales que eran exclusivamente los privilegios de la nobleza hacendada. El conflicto entre la monarquía centralizadora y las provincias fue así también el conflicto entre las clases medias urbanas y la aristocracia territorial; y éste, a su vez, apareció como un conflicto entre la dominación alemana y la diversidad nacional» (3).

(3) A. J. P. TAYLOR, *La Monarquía de los Habsburgo 1809-1918*, «II Los Pueblos», Barcelona, 1983, págs. 26-27.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

En opinión del profesor Forbelský, tras el restablecimiento del poder imperial en la antigua Corona de Bohemia, la centralización lingüística no fue tan dura como se denunció con fines ideológicos, en la época del resurgimiento nacional checo en el siglo XIX. Había en Bohemia cierta presencia de la lengua española y de la italiana. Es decir, la subsistencia de una cultura «suave» románica. En el terreno puramente dogmático, las órdenes religiosas, primordialmente los jesuitas, divulgaron el culto a los santos nacionales, San Wenceslao, Santa Lucila, San Juan Nepomuceno, etc., conjuntamente con los hispanos, San Ignacio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, etc.

En 1815, en Praga habitaban 50.000 alemanes y sólo 15.000 checos; incluso en 1848, la gente de clase media hablaba en público el alemán. Las rivalidades entre checos y germanos continuaron; no obstante, la impronta cultural se patentizó en un sello que, con las características propias de cada uno de los países que lo componían, dio un carácter unitario al imperio.

Ya a partir del siglo XVII, se tergiversaron numerosos hechos y comenzó a difundirse una interpretación peyorativa de la historia del Imperio, fundamentalmente a raíz de la lucha contra la rebelión en Bohemia, de oposición al protestantismo y ayuda a la Contrarreforma. En el siglo XIX, la industrialización, que produjo una notoria emigración de campesinos, sumado a la atracción de la aristocracia bohemia por la vida intelectual local, avivó el sentimiento patrio, que daría su fruto cuando triunfaron los nacionalistas en las elecciones de 1861, permitiendo el establecimiento inmediato de una administración y una enseñanza básicamente checas. Esa fábula adquirió mayor importancia gracias a la literatura romántica —la visión idealista de la historia de Schiller, llena de absurdos y falsedades—, que la divulgó ampliamente. Posteriormente, unida a la *Kulturkampf* (lucha cultural), despiadada campaña de desprestigio contra el catolicismo que durante el Segundo Reich realizó el canciller Bismarck, dejó su fruto en los ambientes nacionalistas radicales, cuyo exponente más conocido en Praga fue Alois Jirásk (1851-1930), autor



de una extensa serie novelística inspirada en el movimiento husita, quien, con escaso rigor histórico, calificó a la etapa de apogeo jesuita en Bohemia de «Tiempos de oscuridad».

Vicens Vives resumió así la quiebra del centralismo imperial austriaco: «La política asimilatoria fue llevada a tales extremos por el odio y el rencor, que explica sobradamente en el cuadro de la Historia —para el cual se cuenta en siglos— el “no” checo de 1918». Sobre el fin de la supremacía de los Habsburgo, escribió Michel Dugast Rouillé:

«Aquel mismo día, 4 de noviembre, se produjo un hecho significativo en el Alstädter Ring de Praga: los Sokols checos, miembros de una sociedad de gimnasia, desfilaron delante de la columna de la Virgen, erigida en 1650 sobre planos de J. G. Pendel, para conmemorar no solo la batalla de la Montaña Blanca que había tenido lugar cerca de tres siglos antes contra Federico de Palatinado (1620), sino también la liberación de la ciudad asediada por los suecos en 1648. Aquellos jóvenes, excitados, rodearon la estatua con cuerdas y tiraron todos juntos hasta derribar el monumento entre cantos y gritos. Era un símbolo: la caída de la columna de la Virgen representaba la victoria de la independencia checa al mismo tiempo que el fin de la dominación de los Habsburgo, cuyos regimientos imperiales adornaban sus estandartes con la imagen de la Madre de Dios. Poco después, el pedestal vacío estaba decorado con banderas paneslavas y americanas» (4).

La República Checoslovaca, en sustitución a la Columna Mariana, encargó a Ladislao Šaloun un monumento a Juan Hus, que ocupó ese lugar. A ese «gigante de pies de barro», que fue como se designó al Imperio Austrohúngaro aun antes de su disolución, se lo consideró un armazón carcomido, grotesco y opresor. No obstante, dos décadas después de su fin, en los inicios de la segunda guerra mundial, Stefan Zweig en uno de los más afortunados pasajes de su *Autobiografía*, que dejó inédita, intentó una especie de rehabilitación de la doble monarquía y de la figura de Francisco José I.

(4) Michel DUGAST ROUILLE, *Carlos de Habsburgo. El último emperador*. «El desmoronamiento» Madrid, 2005, págs. 205-206.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

Es ésta una revisión trascendente que, por su penetración, recoge Carlos Soldevilla en su «Estudio Crítico de Stefan Zweig»:

«Y su anciano emperador, que durante setenta años había regido sus destinos y, acorazado en una reserva inalterable, soportando desastres públicos y privados, fue juzgado en el mejor de los casos como una momificada encarnación del protocolo, sin más virtud que la impavidez, la terquedad y la miopía. Contra el penúltimo —en realidad el último, pues su infeliz sucesor subió al trono para abdicar— de los Habsburgos todos los contradictores parecían tener razón: las nacionalidades supuestamente oprimidas y hoy trituradas, sus hijos excesivamente románticos o excesivamente autoritarios, su Estado Mayor estúpido y temerariamente belicoso, su mujer, elegantemente chiflada..., todos. Zweig, aprovechando la perspectiva abierta por los acontecimientos —y nótese que él no vio los que siguieron al armisticio de 1945, cuyos efectos todavía duran—, nos demuestra que quien tenía razón era él, Francisco José, cargado de años y experiencias y animado por un invencible sentimiento del deber. Él, desde la cima en que el destino lo había colocado, veía mejor que nadie las amenazas que se cernían sobre la que en un tiempo fue Félix Austria, sabía que en definitiva la ruina era inevitable, pero en su empeño de aplazarla no vaciló en sacrificar su vida entera, sus afectos íntimos, su posible popularidad. Fue un héroe. Fue un héroe de la especie menos brillante, menos simpática y, por lo mismo, más tardíamente apreciada de cuantas existen. Más vale tarde que nunca, sobre todo cuando la rehabilitación llega por obra de un miembro de la casta literaria que no fue, ciertamente, la que más clarividencia reveló en sus juicios» (5).

Hasta que sobrevino su ocaso no se valoró imparcialmente la función que desempeñaba ese gran mosaico de pueblos que tuvo a Viena por cabeza. La posguerra, la segunda guerra mundial y, muy especialmente, la cruel era Soviética, pusieron de manifiesto sus ventajas y considerables valores culturales, tan en sintonía con los postulados y el cosmopolitismo de la nueva Europa.

(5) Carlos SOLDEVILA, «Estudio Crítico de Stefan Zweig», *Stefan Zweig, Obras Completas, I Novelas*, Barcelona, Juventud, 1955, págs. 34-35.



EL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE LA VICTORIA Y SAN ANTONIO DE PADUA

En 1619 el padre general de los carmelitas descalzos Domingo de Jesús María (1559-1630), de origen español, y fray Pietro della Madre di Dio, a través de Bohemia del Sur, se dirigían a Munich para unirse al ejército de la Liga Santa. En el camino encontraron, entre los bienes confiscados a la orden militar de San Juan de Strakonice, un óleo de pequeñas dimensiones —28,5 × 17,5 cm— en estilo gótico tardío, que representaba la *Adoración de los pastores*. La Virgen María, San José y los pastores tenían los ojos perforados. Los religiosos recogieron la pintura y se incorporaron a las tropas imperiales. En la histórica jornada de Montaña Blanca, que tuvo lugar el 8 de noviembre de 1620, figuraron entre los vencedores. Previamente los soldados católicos recibieron la comunión y fueron bendecidos por el padre Domingo de Jesús, que mostraba el cuadro de Strakonice, mientras invocaba a la Santísima Virgen, de cuya devoción daban fe las cintas blancas que aquéllos portaban en los sombreros. La lucha comenzó siendo favorable a las tropas de la Liga Evangélica, pero los ejércitos de la Liga Santa permanecieron firmes y pasaron al ataque, hasta derrotar a sus enemigos.

El cuadro de la *Adoración de los pastores* fue enviado a Roma, junto con los trofeos capturados al enemigo, y ofrecido al Papa. Luego, los estandartes se exhibieron en la basílica de Santa María la Mayor y en la iglesia de los carmelitas descalzos de San Pablo, en el Quirinal. La pintura quedó en la Ciudad Eterna, donde desapareció en un incendio ocurrido en 1853. No obstante, en el templo de Santa María de la Victoria de Malá Strana, se conserva una copia fiel, hecha en Roma en 1622, por encargo del conde A. de Tonlonio, de la mano del pintor Roberto de Longin, pintura a la que el emperador Fernando II donó la corona de oro, embutida sobre la cabeza de María.

La reforma de la curia romana y la creación y mejoramiento de las órdenes religiosas habían sido resueltas desde



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

mediado el siglo XVI. Las antiguas congregaciones tuvieron sus renovadores: San Pedro de Alcántara, entre los franciscanos, y Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, entre los carmelitas. No obstante, el instrumento esencial de la Contrarreforma fue la Compañía de Jesús, organizada definitivamente en Roma en 1540. Desde sus colegios fueron el más firme apoyo del catolicismo frente a los estados protestantes, si bien sólo los países en los que las ideas reformistas aún no habían arraigado en la conciencia popular pudieron ser recuperados. Llamados por Fernando I, un primer grupo de doce jesuitas de diferentes nacionalidades llegaron a Praga el 13 de abril de 1556, se asentaron en la ciudad vieja (*Staré Město*), en la cercanía del Puente de Carlos en el antiguo convento dominico de San Clemente, de ahí derivó su nombre: Klementinum. En el tiempo transcurrido hasta la supresión de la Compañía fue erigido un monumental complejo que abarca el colegio, las iglesias del Santísimo Salvador y San Clemente, la célebre capilla de los Espejos —auténticas joyas arquitectónicas—, y la torre Astronómica. Integra el mayor recinto de la orilla derecha del río Moldava, sólo superado por la ciudadela del castillo (*Hradčany*). En Bohemia quedó mucho de este ánimo evangelizador y renovador, pues una vez de hundido el régimen marxista-comunista, que gobernó el país durante más de cuatro décadas, se ha visto que la mayoría de la población continúa fiel a la religión católica (6).

(6) Los jesuitas en Bohemia llegaron a tener 43 centros: colegios, noviciados, casas de ejercicios, residencias e iglesias. Además de propagadores de la fe católica y pedagogos eran excelentes científicos y patrocinadores de las bellas artes. En épocas de epidemia fueron valientes enfermeros, humanitaria tarea que muchas veces pagaron con la vida. La sede de la Compañía radicaba en el *Clementinum*, centro avanzado en el estudio de las matemáticas y la astronomía. Desde 1752 su observatorio mide las temperaturas que sirven de referencia a toda Praga. Sus extraordinarios fondos bibliográficos fueron (1781) la base de la Biblioteca Nacional. Ignacianos y reconocidos patriotas fueron: Bohuslav Balbín, historiador, que escribió *La defensa de la lengua eslava*, especialmente la checa; y Josef Dobrovský, autor de la primera gramática detallada del checo, fundador de de los estudios eslavos, considerado uno de los padres de la moderna lengua checa.

NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA [*PANNA MARIA VÍTĚZNÁ*]

En el año 1584 los husitas erigieron en el barrio de Malá Strana una pequeña iglesia con el nombre de San Juan Bautista, ampliada entre 1611 y 1613, según proyecto de Giovanni María Filippi; luego, bajo la advocación de la Santísima Trinidad, continuó en el culto reformado hasta su definitiva clausura en 1622. Para manifestar su gratitud a Nuestro Señor por su triunfo sobre los ejércitos de la Liga Evangélica, Fernando II proyectó fundar dos monasterios: el primero en Viena y el segundo en Praga. Para ubicar este último el soberano donó a los padres carmelitas descalzos la entonces clausurada capilla de la Santísima Trinidad, conjuntamente con una casa y un cementerio anexos. El 7 de septiembre de 1624, Arsenio de Radbuzo, vicario general de la Diócesis de Praga, se hizo cargo del legado del emperador y, a finales del inmediato mes de septiembre, llegó desde Viena un grupo de carmelitas descalzos para habitar el cenobio, desde entonces denominado de Santa María de la Victoria y San Antonio de Padua (7).

Entre 1634 y 1664, los frailes transformaron esencialmente la fábrica y construyeron el monasterio, la primera edificación praguense en estilo barroco. El templo, con su torre campanario rematada con la clásica cebolla, y el monasterio adjunto constituyen uno de los más bellos conjuntos monumentales de la capital de Bohemia.

En el interior de la iglesia la luz crea una radiante atmósfera que revela a los fieles la vitalidad de la religión cristiana y el culto a María, tan en el espíritu de la Contrarreforma. La fa-

(7) Hacia 1156 San Bertolo, un cruzado calabrés, se retiró al Monte Carmelo, donde fundó la orden de los Carmelitas; la regla definitiva fue aprobada en 1245 por el papa Inocencio V. En 1564, San Juan de la Cruz reformó totalmente la congregación, siguiendo los consejos de Santa Teresa de Jesús. Denominados carmelitas descalzos de la nueva observancia, el papa Clemente VIII los eximió en 1593, de toda dependencia de la antigua orden. Van calzados con sandalias de cuero y los pies desnudos —de ahí su nombre—, llevan túnica y escapulario de color castaño, y siguen una regla extremadamente austera.



ANTONIO LUQUE HERNÁNDEZ

chada principal a la calle [Karmelitská] está precedida de un rellano abalaustrado, al que se accede por amplias escaleras. Organizada, al modo del Gesú de Roma, posee un cuerpo bajo, con un orden de pilastras, y otro superior que remata un frontón, en cuyo centro ostenta una estrella, *Stella Maris*, divisa mariana de la orden Carmelita.

Una amplia ventana, cubierta con tapaluz de madera, ostenta la efigie del Niño Jesús. Bajo ella los blasones de Baltasar de Marradas (8), general español al servicio del imperio y caballero de la Orden de Malta, singular mecenas de este templo, quien en 1644 costeó la fachada y el coro, según evidencia una lápida que dice: «Por generosidad y movido de un profundo respeto hacia Santa Virgen Teresa y su orden sagrada hizo erigir este portal y adornarlo con su escudo de armas para la memoria eterna».

Sobre el eje de la puerta principal destaca una hornacina, en piedra arenisca, orlada de doce estrellas con la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, y encima de ella un ventanal semicircular. El cuerpo bajo es más ancho, porque tiene la amplitud de la nave central y las capillas, y el superior no tiene más anchura que la nave central, estos dos pisos están reunidos por una curva ondulada que acaba en dos volutas. Así, el alto se ensancha ingeniosamente para combinarse con el piso inferior. El interior combina sencillez con monumentalidad. Los retablos rococó de columnas salomónicas, estucadas y doradas con jaspes y bronces.

Las pinturas de los techos representan a Dios Padre, el águila imperial, con la inscripción *Hac praedante fides datum*, seguida del escudo húngaro y del león bohemio, acompañado de las armas de Moravia, Silesia, Alta y Baja Lusacia, con la inscripción *Hoc certante conservatur*.

(8) Baltasar de Marradas, general español, nació en Valencia el 14 de septiembre de 1583 y falleció en Bohemia, en 1638. Sobrino de Guillen de San Clemente, embajador de España en la corte del emperador del Sacro Romano Imperio. Marradas fue importante personaje, rival del famoso general Wallestein y jugó un señalado papel en el asesinato de ese último. Poseyó una gran fortuna y palacios, uno en Praga y otro en Hlboká, en Bohemia del Sur.